

El señor Hertelín y su hija Rosalía salían del hotel del Arno y se disponían á dar su cotidiano paseo antes de comer, cuando de un coche cargado de baúles y maletas bajaron dos hombres en los que la joven reconoció con mucho asombro por su parte, á Reinaldo Brown y á Sam Cantor. El señor Hertelín había visto tan raras veces á su futuro yerno, que á buen seguro no le hubiera reconocido si Rosalía no hubiese exclamado :

— ¡ Señor Brown! ¿ Usted aquí?

Y no se atrevió á añadir : ¿ Qué significa esto?... Pero esta pregunta la formulaban tan bien su mirada, su gesto y la repentina alteración de su rostro, que Reinaldo le dijo vivamente :

— Tranquilícese usted, señorita ; su madre y su hermana están bien. Cantor y yo venimos por veinticuatro ho-

ras... No sabíamos que estuviesen en este hotel. Permítan que nos cepillemos un poco...

— Les ruego que no se molesten por nosotros — respondió con tranquilidad Hertelín. — Mi hija y yo salíamos á dar un paseo.

— ¿ Á dónde iban ustedes? Si nos lo permiten saldremos á su encuentro dentro de un instante.

— Nos encontrarán en la plaza de la catedral, delante del Baptisterio.

— Perfectamente, entonces hasta ahora.

Los dos americanos saludaron al padre y á la hija y entraron en el hotel. El gerente hacía subir su equipaje, y Rosalía y el señor Hertelín, andando lentamente y sin hablar, tomaron por la vía Tornabuoni. Bien pensado, la repentina aparición de Reinaldo empezó á parecer inquietante al padre y á la hija. No se atrevía el señor Hertelín á decir nada á Rosalía, y con el rabillo del ojo espiaba todos sus movimientos. Viéndola triste y pensativa, sus temores aumentaron, y al fin se decidió á decir.

— La repentina aparición de Reinaldo Brown ¿ no te parece de mal agüero?

— ¿ Por qué? — preguntó Rosalía que no tenía grandes deseos de contestar.

— Pues, con respecto al casamiento de tu hermana, añadió Hertelín.

La joven bajó la cabeza y no replicó ni una palabra. Pasados unos minutos, dijo :

— Indudablemente hicimos mal marchándonos. No debimos dejar á mamá y á Genoveva entregadas á sí mismas. ¿Qué habrá sucedido en París mientras nosotros no estábamos allí?

— Tal vez nos preocupamos inútilmente — murmuró el señor Hertelín. — Es posible que esos señores vengan aquí por negocios...

— En una ciudad como esta, y sin avisar...

Silencio molesto volvió á reinar entre el padre y la hija. Llegaron á la plaza de la catedral, y andando muy despacio cruzaron la galería de los Lanzi. Rosalía se sentó en un banco, y maquinalmente abrió el álbum y se puso á dibujar. Seguramente no pensaba en lo que hacía, pero su alma de artista no la dejaba descansar un momento, y en el papel apareció una estrecha callejuela, el ángulo de un convento en cuyo muro había una Madona de Luca, y dando vida á todo aquello, una familia de ingleses, animada por cómico movimiento. Cantor y Reinaldo llegaron silenciosamente, y el primero, mirando por encima del hombro de la artista, tuvo tiempo para ver el boceto trazado con tan maravillosa facilidad, y exclamar :

— ¡Ah! ¡Qué bonito! Hará usted un cuadro, ¿verdad señorita Hertelín?

Rosalía cerró el álbum y levantándose tomó el brazo de su futuro cuñado, al tiempo que fijaba en él una mirada penetrante.

— Tenemos que hablar ¿no es cierto señor Brown?

— Sí — dijo el americano con gravedad — Con usted

me sería imposible disimular. Su alma es demasiado noble para que no le diga toda la verdad. Cantor acompañará al señor Hertelín el tiempo que dure nuestra conversación.

— ¿No quiere usted que mi padre esté presente?

— No, quiero hablar con usted sola, como el día que le dije que quería á su hermana y usted lloró tanto.

— De alegría — exclamó casi rudamente Rosalía fijando los ojos en Reinaldo para dar mas fuerza á sus palabras — ¡Era una felicidad tan grande para ella!

Reinaldo no contestó. Llevóse á Rosalía hacia la galería y allí la obligó á sentarse entre las obras maestras de la escultura. Estaban solos; en la plaza, casi desierta, Cantor y el señor Hertelín admiraban las magníficas puertas de Ghiberti. Rosalía preguntó :

— ¿Ha habido una desavenencia entre Genoveva y usted?

— Sí, dijo Reinaldo.

— Riña de enamorados. Se arreglarán ustedes. Pero ¿por qué haberse marchado? ¿No podía escribirme? Todo hubiera sido mejor que alejarse de mi hermana. ¿Para qué puedo servirle ahora?

— Temo que no puede servirme ni ahora ni nunca.

— ¿Es algo serio entonces? ¿De qué se trata? Me atormento usted de modo horrible.

Diciendo estas palabras se había puesto pálida y empezado á temblar. Reinaldo le tomó una mano que sintió helada.

— Perdóneme. ¿Será mi destino hacerla sufrir? Yo que la admiro tanto, que tanto la estimo, y que le tengo afecto grandísimo...

Rosalía hizo un movimiento brusco y Reinaldo añadió con insistencia :

— Sí, afecto y grandísimo. Si en este momento pudiese usted darse cuenta del estado de turbación de mi espíritu, comprendería que su principal causa es usted. La confesión que tengo que hacer á una persona de tan noble carácter como usted, es tan penosa...

— Pero en fin ¿qué ha sucedido? — exclamó Rosalía incapaz de soportar por más tiempo tan largo suplicio. — Par favor explíquese usted, hable aunque sea brutalmente, pero no me tenga en tan dolorosa incertidumbre.

— Pues bien, señorita Hertelín — dijo Reinaldo con gravedad — yo no me casaré con su hermana.

— Sin embargo, la quiere usted.

— Sí, pero huiré de ella, aunque tenga que irme al otro extremo del mundo, porque ya no me inspira ninguna confianza y la vida á su lado sería un infierno para mí.

— ¿Qué ha hecho para que hable usted de ese modo?

— Lo peor que podía hacer. Ha especulado con mi ternura á fin que le abandonase toda mi fortuna; en el momento que yo sólo pensaba en quererla y en hacerla dichosa, calculó las ventajas materiales que mi amor le podía reportar. Me ha representado una comedia lamen-

table, y eso, — vergüenza me da decirlo — con el auxilio de su madre.

— ¡Imposible! — exclamó alterada Rosalía.

— Tengo pruebas irrecusables. Las sorprendí á las dos cuando se felicitaban por el resultado de la maniobra... creyéndome ausente hacían cálculos deliciosos y se reían de mi credulidad. Daban su triunfo por seguro. El corazon me latió con violencia, sentí invencible repugnancia, y á punto estuve de entrar en la habitación para confundirlas. Preferí irme, y no las he visto más. He ahí lo que ha sucedido y las causas que me traen á Florencia. Ya comprende usted que no soy hombre que soporte mucho tiempo semejante situación. He buscado todos los medios para salir de ella. Sam Cantor fué quien me dijo : « Confía lo que sucede á la señorita Hertelín. Ella debe juzgar... »

— ¿Entre los míos y usted? — interrumpió con violencia Rosalía. ¿Eso cree? ¿Puedo hacerlo? ¿Qué papel pretende usted que desempeñe? No puedo, entiendo usted, no puedo, ni quiero. Todo menos eso.

Y algo más tranquila añadió :

— ¿No se habrá equivocado usted? ¿No habrá interpretado mal palabras inocentes?

— No, no me he equivocado. Hubiera hecho lo imposible para conservar mis ilusiones, pero no pudo ser. La verdad era demasiado evidente y preciso ha sido rendirse. Su hermana, su querida hermana, dijo á su madre... no... permita que no lo repetita, es la confesión de una infamia.

Rosalía quedó helada, inmóvil, sin voz. Conocía á su madre y á su hermana, y sabía lo que eran capaces de hacer arrastradas por la ambición. Había asistido á la explosión de su alegría cuando les había anunciado la rica presa que se ofrecía á su codicia. Se había alejado para no asistir á los preparativos del destroz, y todo lo que Reinaldo le decía, traspasado de dolor, tenía que ser cierto. Y aterrorizada en presencia de ese doble desastre, el hundimiento de los ambiciosos proyectos de los suyos y la ruina de las esperanzas de Reinaldo, se preguntaba lo que era más deplorable y que era lo que más se debía sentir. Una voz secreta le decía en sus adentros, no muy alto pero sí muy claramente « ¿ No es preferible que todo esto suceda á ese pobre muchacho antes de su matrimonio ? Por lo menos es libre, y si llora la felicidad entrevista no tiene que defenderse contra derechos mal adquiridos. » La honradez y la delicadeza de Rosalía se ponían de parte de la víctima sacrificando resueltamente los derechos de los suyos. Y todo eso sin reservas, sin ninguna mira personal. Tenía el convencimiento de que su tímido amor por Reinaldo no había sido descubierto, y que estaba al abrigo de toda sospecha. Reinaldo, inquieto al ver que no contestaba, la miraba con ojos tristes y acabó por preguntar.

— ¿ Me reprocha que me haya marchado ?

— No, pero me pone usted en una situación muy difícil. Si comprendo bien, quiere que sea su intérprete para la ruptura como lo fui para el acuerdo. Bonita comisión

me encarga usted. Ni mi madre ni mi hermana me lo perdonarán nunca. ¡ Qué contrariedad, Dios mío, qué contrariedad !

Abundantes lágrimas brotaron de sus ojos. Ni siquiera se tomó el trabajo de secarlas, y abriendo el álbum, el lápiz se encargó de traducir su preocupación reproduciendo en cuatro rasgos una Genoveva tan parecida, que Reinaldo no pudo contener un doloroso suspiro. Pero Rosalía no le escuchaba. Seguía sus amargos pensamientos, y en la página apareció el rostro de Reinaldo, pero un Reinaldo triste como acababa de mostrarse durante la dolorosa confesión. No era el rico americano que había retratado en su despacho, entre sus hermosas obras de arte, poderoso y satisfecho... Luego ella misma apareció en el papel, al lado de los prometidos : una Rosalía delgada, menuda, casi raquítica, con el rostro iluminado por ojos soñadores y una boca llena de bondad. Reinaldo, viendo como se fijaban las ideas de la artista, trazadas con mano hábil y rápida, adivinó su profunda angustia. Creyó que le oía decir : « Ves, es la hermosa Genoveva, la soberbia mujer rubia que elegiste y que tan cruelmente te ha entristecido puesto que estás abatido y con los ojos hundidos como si salieses de una larga enfermedad. Desdeñaste á la pobre Rosalía, y lo comprendo : no tiene atractivos, y lo único que la hace agradable es su talento, pero, ¿ no valía nada su corazón ? ¿ no fuiste capaz de adivinarlo en sus miradas y en sus sonrisas ? Ya ves lo que te sucede ahora. Preciso será que sea ella, el trasto

de la casa, quien se encargue de arreglar tus asuntos y recibir los reproches de la familia, pues ya debes suponer que la cosa no será fácil ni agradable. Las dos mujeres se deshacen esperándote en su hermosa casa de la calle de la Paix, y no se rendirán sin luchar. ¡ Cuántos gritos, cuántas recriminaciones, cuántas amenazas! Y ella, tu víctima, la suya, tendrá que aceptar la responsabilidad de tu error y de tus tonterías. Sí, muy contrariada se siente la pobre Rosalía, muy contrariada. » Nuevas lágrimas corrieron silenciosas y brillantes por sus mejillas y bajaron hasta sus labios. Entretanto el lápiz siguió reproduciendo figuras en el papel, y esta vez fueron un Sam Cantor y un señor Hertelín discutiendo ante el Baptisterio, tan naturales, tan justos, tan graciosos, que Reinaldo, sintiendo que el aficionado despertaba en él y sobreponía la admiración al pesar, no fué dueño de contenerse y exclamó :

— ¡ Oh! ¡ qué parecido! Qué talento tan grande tiene usted.

Rosalía cerró el álbum, miró fijamente á Reinaldo, y como si recobrase de pronto la posesión de sí misma dijo :

— Le advierto que esta noche pondré á mi padre al corriente de todo.

— Hará usted bien.

Reinaldo pareció dudar, en vano buscó palabras, y la mayor preocupación se pintó en su rostro.

— Sí, sí, me doy cuenta — dijo al fin — que he cau-

sado á su hermana un perjuicio que quisiera reparar. No cree usted que puedo ofrecerle...

Rosalía no le dejó terminar. Roja hasta la raiz del pelo, y los ojos centelleantes se irguió y dijo :

— Ni una palabra más. ¿ Piensa usted tratar á Geneveva Hertelín como se trata á una mujerzuela á la que se abandona dejándole una indemnización pecuniaria?

Él la miró con desaliento.

— Qué mal inspirado estoy. ¿ No está pues en mi poder atenuar el disgusto que voy á dar? Sin embargo, no hay nada ofensivo en lo que digo, ya debe de comprenderlo usted. Usted que es tan inteligente, tan delicada, ayúdeme á salir de este atolladero, es imposible que siga en esta situación.

— Tiene usted la costumbre de tratar todos los asuntos como si fuesen cuestiones de dinero, replicó con calma Rosalía. — Eso cierra todos sus sentimientos... Señor Brown, hay cosas que no se pueden comprar.

— Sí, y una de ellas es su orgullo, su rectitud, su nobleza — dijo con humildad. — Lo veo bien claro y lo comprendo. No supe conocerla á usted señorita, estaba ciego... y ahora...

Ella le miró con melancólica dulzura y terminó la frase que él había empezado.

— Y ahora, es demasiado tarde.

Levantóse resueltamente y dirigiéndose á la plaza añadió :

— Basta de cosas penosas. Venga á admirar las puertas del Baptisterio que Cantor y mi padre parece que se aprenden de memoria... No hay nada más hermoso en el mundo. Todo lo demás se puede discutir, pero un grupo de Donatello, ó una Madona de Rafael se imponen. El arte moderno supone muy poco comparado con las obras de esos maestros. Tal vez se hace mal viniendo á Florencia cuando se está en plena producción. Eso desanima.

Se reunieron á Cantor y al señor Hertelín.

— ¡Qué! ¿Han terminado ustedes de hablar? — preguntó el padre de Rosalía encendiendo un cigarro que el americano acababa de ofrecerle. — ¿Se han puesto ustedes de acuerdo?

— Sí — contestó la joven. — Pero como aún tenemos tiempo, vamos, si gustan, hasta Bargello.

— Con mil amores.

Compraron un ramo de flores en una tiendecita y continuaron hablando libremente sin que nada se trasluciese de la grave conversación que Rosalía y Reinaldo acababan de sostener, y siguieron cruzando por las estrechas callejuelas bajo la dulce suavidad del hermoso cielo florentino.

Al llegar á París con su padre, Rosalía se apeó en el modesto cuartito del faubourg Poissonnière. Las suntuosidades alquiladas de la calle de la Paix la disgustaban muchísimo y no quería vivir de aquel modo.

Concluía apenas de deshacer su equipage cuando un criado se presentó con una carta de la señora Hertelín en

la que ordenaba á su marido y á su hija que sin pérdida de momento se presentasen en la calle de la Paix, pues el estado de salud de Genoveva no le permitía salir. Presas de honda preocupación el padre y la hija tomaron un coche para llegar más pronto. En cuanto entraron, comprendieron que la señora Hertelín no se encontraba muy bien dispuesta. Apenas se dejó besar por su esposo y por su hija, y sin darles ni tiempo para preguntar por Genoveva empezó su interrogatorio.

— ¿Llegáis de Florencia? ¿Habéis encontrado al señor Brown? ¿Qué ha ido á hacer allí? ¿Está todavía? ¿Piensa permanecer mucho tiempo?

Rosalía y su padre se miraron azorados ante aquella lluvia de preguntas y muy preocupados por lo que tenían que contestar. La señora Hertelín no se lo permitió. Hizo un gesto dramático, una sonrisa sarcástica crispó sus labios amargamente, y exclamó:

— ¡Ese hombre es un miserable! ¡Va á matar á mi hija! Sí, á matarla. Está muriéndose, es un miserable, un miserable.

Y como el padre y la hija permaneciesen aterrados, cogió á Rosalía por un brazo, la sacudió con fuerza y agregó:

— ¿Qué ha dicho para explicar su huida?

Rosalía recobró todo su valor. Desprendióse del poco cariñoso apretón de su madre, dió un paso atrás, y dirigiéndose al señor Hertelín le dijo:

— Papá, te ruego que vayas al lado de Genoveva. Yo

me quedaré con mamá para darle las explicaciones que me pide.

— Muy bien — contestó el señor Hertelín presuroso de libertarse de los trágicos transportes de la emoción maternal, y, sin decir más, desapareció.

— Ahora, nosotras dos — exclamó la señora Hertelín.

— Tú que estas al corriente de todo, vas á explicarlo.

¿Qué ha ido á hacer á Florencia el señor Brown?

— A hablarme.

— ¿Hablarle á ti? ¿Y de qué?

— De mi hermana.

— ¿Con qué objeto?

— Sobre el contrato que por medio de vuestro notario le habéis propuesto.

— ¿Y que no quiere firmar?

— Se niega en absoluto.

— ¿Por qué?

— Porque dice que no se casa en Turquía en donde mujeres se venden, sino en Francia donde se dan.

Al oír esta vigorosa réplica, la señora Hertelín vaciló. Miró á Rosalía con asombro y le pareció que habiendo creído tener que habérselas con una oveja se encontraba de pronto con un tigre.

Balbuceando, dijo.

— ¿Y eres tú, mi hija, tú, quien se atreve á hablarme de ese modo? Veo bien claro que nos has hecho traición y que estás en connivencia con ese infame de Reinaldo.

— Con efecto, he estado en connivencia con él para

tratar de hacer la felicidad de Genoveva. Preparé las relaciones entre el señor Brown y ella. Convine la boda, y mientras he cuidado de las cosas, todas han ido muy bien, pero en cuando habéis sido dueñas de vuestras acciones os habéis ingeniado para comprometerlo todo.

— Dime de una vez que es lo que se nos puede reprochar.

— Primero vuestra falta de tacto, después vuestra codicia. Tratáis con un hombre cuya situación de fortuna no puede ser más desproporcionada con la vuestra, y os arreglais de modo que no le quede la menor duda con respecto á los sentimientos que os inspira. Á ese enamorado, dispuesto á todas las liberalidades, no le habéis dado tiempo para manifestar sus generosas intenciones. Le habéis puesto el contrato al cuello diciéndole, la bolsa ó la felicidad. ¿Puede concebirse conducta más absurda? Y si no fuese más que esto... Pero para atraer más á ese crédulo prometido representáis las dos no sé qué comedia, y casi á tus mismos ojos, mi hermana cae en los brazos del que la quiere murmurándole recomendaciones de negocio entre besos... He ahí lo que se os reprocha. Por haber usado de picardía y habilidad, cuando para conseguir un fin sólo se necesita naturalidad y sencillez. Habéis puesto al mirlo blanco que teníais á la puerta de la jaula, y ahora que ha huido, nada le hará volver.

— ¿Quién lo asegura? — dijo con acritud la señora Hertelín.

— Él mismo, que llegó á Florencia desesperado por lo

que sucedía, y pidiéndome que le ayudase á salir de la terrible situación en que se encontraba.

— ¿Y tú has hecho algo para alejarlo de nosotras?

— No, vosotras habíais hecho cuanto era necesario hacer. Había perdido toda esperanza y había conocido vuestros planes.

Oyóse una sorda exclamación que hizo estremecerse á la madre y á la hija. Rosalía se volvió, y se encontró frente á Genoveva que, pálida, los ojos hundidos, el rostro alterado y envuelta en una bata, estaba de pie en medio del salón. Detrás de ella se veía á su padre, muy asustado, y dirigiendo á Rosalía miradas suplicantes. Viendo á su hermana tan cambiada, profunda piedad se apoderó de su alma. Olvidó la sequedad de su corazón, la doblez de su espíritu; olvidó las humillaciones sufridas, los pesares experimentados, y le tendió los brazos. Pero una mirada llena de odio de Genoveva la contuvo:

— Cuán dichosa debes de considerarte con lo que me sucede. Qué brillante desquite para ti, y cuán hábilmente lo has preparado.

— ¡Yo!

— Sí, tú, la abandonada, la despreciada, al fin alcanzas el triunfo. Tú contribuyes á que pierda á mi prometido: fué á Florencia para pedirte ayuda y ¿qué has hecho? Destruir mi porvenir, aconsejarle que me abandone. Tal vez una sola palabra tuya me lo hubiera devuelto, y esa palabra ¿la has pronunciado? Segura estoy que no. Tu fealdad moral, más grande aún que tu fealdad

física, se ha puesto de manifiesto. Ya no podemos esperar. Todo acabó. Caemos de nuevo en la miseria después de haber entrevisto la fortuna. No, antes morir que arrastrar una existencia tan dolorosa.

Se dejó caer en un sofá retorciéndose los brazos y ahogando gritos de desesperación, mientras su madre pedía socorro y como una furia se dirigía hacia su marido al que reprochaba de inercia, hacia su hija, á la que echaba en cara su insensibilidad. Verdadera escena de comedia en que la madre y la hija, las dos, representaban un papel destinado á dar á su angustia y á su derrota un color interesante. Repentinamente, dejando á su hija entregada á su ataque de nervios, la señora Hertelín cogió á Rosalía por un brazo, la llevó á un rincón, y allí, con tanta calma como agitación había mostrado momentos antes, la dijo fijando en ella sus fríos ojos:

— Veamos: ¿podemos tener un resto de esperanza? ¿Eres capaz de traer de nuevo á Reinaldo? Si tu hermana le ve y le habla un cuarto de hora nada más, vuelve á ser suyo. Él la quiere. Una súplica y algunas lágrimas bastarán para arreglarlo todo, pero es preciso que venga. Concedo que hemos hecho mal, no se necesitaba tanta malicia, y al querer hacer las cosas mejor hemos hecho una tontería. Pero todo puede arreglarse. ¿Estás dispuesta á ayudarnos? Ahora puedes darnos, á tu hermana y á mí, una prueba de tu afecto y de tu abnegación. ¿Quieres?

Rosalía, dudando todavía de lo que acababa de oír,



miró con estupor á su madre y no contestó. No podía moverse, no podía razonar y había perdido la voluntad. Su madre creyó que dudaba y quiso dar el golpe de gracia :

— Vamos, si esa boda se arregla; todos ganaremos con ello. Puedes tener la seguridad de que no te olvidaremos.

Ante semejante proposición, murmurada al oído, Rosalía recobró la facultad de pensar. Con augustosa amargura vió que su madre le proponía que procurase engañar á Reinaldo, y eso retribuyéndoselo con dinero. Sus ojos se fijaron en el rostro á la vez inquieto y sonriente de la señora Hertelín que esperaba la contestación á su pregunta. En él leyó toda su bajeza codiciosa, y se estremió de horror. ¿Aquellas dos mujeres eran su madre y su hermana? ¿Le sería preciso vivir siempre con ellas? ¿Tendría que sufrir sus reproches, sus lamentaciones, sus insultos, sabiendo hasta qué extremo eran viles y venales? Le pareció imposible. Separóse de la señora Hertelín, y de pie en medio del salón, sombría y pesarosa, más delgada que nunca con su vestidito negro, paseó una mirada á su alrededor como si los que allí estaban hubiesen escapado hasta entonces á sus miradas. Luego, á pesar suyo, y como si sus mismas palabras la avergonzasen, dijo :

— Veo que sólo sentís la pérdida del matrimonio y no la del marido. Si hubiese tenido la seguridad de que os afligía un pesar sincero, me hubiera encargado de supli-

car al señor Brown que volviese... Pero si lo hiciese después de lo que acabais de decirme, me haría cómplice de una mala acción. Nunca me resolveré á semejante cosa.

Una oleada de sangre enrojeció el pálido rostro de la señora Hertelín; sus ojos se inyectaron y sus labios se abrieron enseñando unos dientes feroces, dispuestos á morder. Señalando la puerta con la mano, rugió :

— Fuera de ahí, miserable. Abandonas á tu madre y á tu hermana por un extraño. Si no fueses tan fea, creería que tienes planes con respecto á él... pero siendo como eres, es imposible. Sólo te impulsa el deseo de hacer daño. Fuera de



ahí. Después de lo que acaba de suceder, no quiero verte más. Tu presencia mataría á tu hermana, á ese pobre ángel sacrificado por ti.

Como galvanizada por las palabras furiosas de su madre, Genoveva se retorció en el sofá haciendo oír gritos agudos. Rosalía, con la cabeza trastornada, temblorosas las piernas, pero con la inteligencia lúcida y la voluntad firme, pasó por delante de su madre, dió un beso á su padre y, sin decir una palabra, sin vacilación ninguna, obedeciendo la orden de su madre, abrió la puerta y salió. La señora Hertelín la había seguido con la mirada. Apenas su hija hubo salido, se volvió hacia su marido y exclamó con estupor :

— ¡Se ha ido! ¿Á dónde va? Nunca la hubiera creído tan terca.

— La has echado — dijo el señor Hertelín.

— Esas son cosas que se dicen, pero que no se deben creer.

— Siempre la has maltratado. Tal vez se ha cansado.

— ¡Cómo! ¿Será capaz de abandonarnos?

— Tiene demasiado corazón para hacer tal cosa. Lo único que querrá, será su independencia.

— Es mi hija y debe vivir en mi casa.

— Poco á poco, — dijo el señor Hertelín con resolución. — No permitiré que se la atormente. ¡Basta! No hay más autoridad que la mía, y os ruego que no me obliguéis á ejercerla.

— ¿Te pondrás en contra de nosotras?

— Impediré que la martiricéis. No podéis contar más que con ella, y lo menos que podéis hacer es dejarla tranquila.

Genoveva se había puesto en pie, con los ojos secos, la boca dura, y escuchaba la disputa de sus padres. Ya no pensaba ni en retorcerse los brazos ni en gritar. Había recobrado la calma y medía las consecuencias de aquella batalla suprema, librada y perdida. Preciso sería volver al cuartito del *faubourg* Poissonnière, renunciar al coche de lujo en que tan agradables paseos daba por el bosque, pagar al modisto sin poder pensar en hacerle nuevos encargos. Y al pensar estas cosas se le heló el corazón. La sombría y lúgubre medianía volvería á empezar, y sin duda de un modo definitivo. Volvióse hacia su madre, anudó su hermoso pelo rubio y adelantando una manita blanca, ornada aún con una magnífica esmeralda ofrecida por Reinaldo, dijo :

— No creo que nadie se proponga atormentar á mi hermana por que se ponga de parte del señor Brown. Es asunto que á nadie más que á ella importa. Quiere separarse de nosotras y vivir sola con la autorización de papá : después de lo que acaba de hacer, es el único partido que se puede tomar.

— Oye, — gritó la señora Hertelín dirigiéndose á su marido — oye y compara. ¿Dónde están la razón, la generosidad y la dignidad? Genoveva, eres superior á esa desgraciada tanto por tus sentimientos como por tu be-

lleza. Pero ¿qué proyectas? Porque debes de tener una idea...

— Sí, y lo primero es que no debemos cambiar de género de vida.

— ¡Cómo! ¿Quieres seguir aquí? Esta casa cuesta mil quinientos francos al mes...

La joven retiró de su dedo la hermosa esmeralda, y dijo tranquilamente :

— Ahí hay dinero. Esa sortija vale lo menos diez mil francos.

— ¿Y después?

— ¿Después?

Geneveva fijó en el espejo una mirada que la tranquilizó con respecto á su belleza. Modeló su esbelto talle estrechando el cinturón de su bata, y extendiendo los desnudos brazos que salían de las mangas perdidas, dijo :

— Fíad en mí : yo sabré salir del paso sola.

El señor Hertelín se interpuso entre su mujer y su hija. Se había puesto muy pálido.

— Temo comprenderos — dijo — y no oiré ni una palabra más. He vivido honrado toda mi vida : caro me ha costado, pero esta no es una razón para que hoy quiera cambiar de principios. Os ruego que despidáis esta casa y que volváis las dos al *faubourg Poissonnière* á donde voy á esperaros con mi hija.

Tomó su sombrero, y, mirando á Geneveva con infinita tristeza, añadió :

— No es á un joyero á quien se debería enviar esa sortija, mi pobre hija, es á la persona que te la ha dado.

Deberías comprender que no conviene conservar nada suyo después de lo que ha hecho, pero muchas son las cosas que no comprendes.

La señora Hertelín se encogió de hombros :

— Ya sabemos lo que nos han costado tus delicadezas. Cuando tu quiebra, pagaste por gentes que quedaron ricas y que ahora, cuando te encuentran por la calle, ni siquiera te saludan. En la vida es preciso no ser tonto. Y es serlo enormemente proceder con nobleza en una sociedad en la que todos procuran para sí. Vamos, ve á encontrar á tu hija puesto que no tienes mas que una, y que Geneveva y yo no seamos nada para ti. He ahí la recompensa de toda una vida de abnegación y de tantos años de privaciones. Preferible sería la muerte á verse tratada con tanta injusticia.

Estalló en ruidosos sollozos, y para marcar más su indignación se dió fuertes golpes en el pecho. Pero sin duda el señor Hertelín debía estar acostumbrado á tales demostraciones, puesto que sin darles ninguna importancia abrió la puerta y se alejó.

Sola con su hija, la señora Hertelín se calmó instantáneamente. Pasóse el pañuelo por los ojos, que tenía perfectamente secos, y acercándose á la ventana miró á la calle :

— El coche está á la puerta — dijo.

— Pues bien, vistámonos y vamos á dar una vuelta por el bosque. El aire nos tranquilizará. ... y esta noche, preciso será averiguar si el señor Freeman está en París.